TRABAJO, MUNDO Y PAZ SOCIAL
UN DIÁLOGO ENTRE ADAM SMITH Y JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, A TRAVÉS DE SIMONE WEIL

RAQUEL LÁZARO CANTERO
Departamento de Filosofía. Universidad de Navarra (Pamplona)

Uno de los temas centrales y esenciales del mundo contemporáneo es el trabajo. Ya lo advirtió en su día Simone Weil: si existe una realidad no heredada de la antigüedad griega [1] y que es necesario pensar y considerar en el mundo contemporáneo ésa es, sin duda, el trabajo. Weil quiere integrar el tema que abordamos en el contexto de la existencia humana, de ahí que afirme: «Nuestra época tiene por misión propia, por vocación, la constitución de una civilización fundada en la espiritualidad del trabajo» [2]. Si hay un espíritu en el tiempo, como ha señalado algún autor, ése es el hombre; luego, abordar la espiritualidad del trabajo es abordar un tema antropológico y, por tanto, social de primer orden en el mundo en el que vivimos y para el que –como intentaré mostrar en esta exposición– el mensaje de Josemaría Escrivá de Balaguer acerca del significado del trabajo tiene una importante relevancia. Pero, comencemos por el principio.

El trabajo dividido desde Adam Smith: acción y contemplación

Ciertamente el mundo en el que vivimos encuentra en la modernidad su más inmediata tradición. La modernidad, en una parte de su período ilustrado, cuenta entre sus más destacados logros haber despertado en la gran mayoría de los hombres la necesidad de trabajar y, de haberlo hecho, en el contexto de una sociedad que intercambia bien su trabajo mismo, o bien el producto de su trabajo. Todos somos igua-

1. También Leonardo Polo ha destacado este punto: el cambio más neto respecto al planteamiento clásico ha sido la revolución industrial con la incorporación de más saber al trabajo; esto era un asunto que no interesaba a los griegos. Cfr. POLO, L., «Ricos y pobres. Igualdad y desigualdad», en VV.AA., *La vertiente humana del trabajo en la empresa*, Rialp, Colección Empresa y Humanismo, Madrid 1990, pp. 75-43.
2. WEIL, S., *Echar raíces,* Trotta, Madrid 1996, p. 87.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

les en sociedad en tanto que *trabajadores*[3] que comercian con su trabajo, aunque no seamos iguales en cuanto a *la profesión* que cada uno tiene.

Uno de los esquemas que está en la base de la nueva estructura social, que se ve hecha realidad en el siglo XIX y que se mantiene en su esencia hasta hoy, es el esquema smithiano de la *división del trabajo*.

Los hombres se encuentran en el siglo XVIII en medio de una sociedad avanzada, una sociedad comercial, que ha abandonado la estructura feudal y que tras superar el modelo de sociedad agrícola –con lo que eso implica de arraigo a la tierra y creación de las primeras ciudades– se centra en la *acción del hombre* como fuente primera de riqueza y de seguridad. La *vida activa* del hombre se desarrolla en contraposición a la vida contemplativa, a la que se dedican bien los filósofos de la Naturaleza, o bien, los monjes en sus monasterios. Los primeros contemplan la obra de Dios, los segundos al Autor de la obra. Pero, para el hombre corriente, el que vive en medio de la sociedad civil, *la acción* se centra, únicamente, en el trabajo que tiene entre manos, en su profesión.

El trabajo va adquiriendo algunas características al dividirse: por una parte, se especializa cada vez más; por otra, se desempeña cada vez más en menos tiempo debido a la especialización de la labor; por último, el trabajo produce cada vez más, gracias a las máquinas inventadas con ese propósito. La mayoría de los hombres desempeñan –en ese momento– trabajos manuales y mecánicos, ya no artesanales. El hombre que trabaja según el esquema smithiano mira al mundo más inmediato en el que se desenvuelve su trabajo. Sin embargo, no piensa que ese mundo en el que trabaja pueda ser antesala para el otro, o un anticipo del más allá, o una tarea encomendada por el Creador; pero, sí piensa que tiene que ver algo con su felicidad, pues, como ha apuntado Llano: «Para los modernos... la felicidad se consigue con el esfuerzo por transformar el mundo, de tal forma que colme las necesidades humanas. Ya no es algo que se espera recibir, sino que activa y autónomamente se alcanza por el trabajo»[4]. El que trabaja consigue un salario y con ese salario adquiere lo que necesita para vivir. Y ¿qué se puede añadir a la felicidad de un hombre –se pregunta Adam Smith– que goza de salud, tiene la conciencia tranquila y no tiene deudas?[5]. El amor a la virtud y la necesidad de servir a los demás con el propio trabajo no forman par-

3. Cfr. ALVIRA, R., «Trabajo, estructura social y liderazgo», *Revista Empresa y Humanismo* II-1 (2000), p. 37.
4. LLANO, A., *La nueva sensibilidad*, Espasa-Calpe, Madrid 1988, p. 169.
5. Cfr. SMITH, A., *La Teoría de los Sentimientos Morales*, Alianza Editorial, Madrid 1997, p. 115.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

te de esa nueva imagen de *hombre feliz*. El trabajo está conectado con las posibilidades de la felicidad, pero éstas no incluyen en el acto mismo del trabajo ni un comportamiento ético, ni nada trascendente. El trabajo se encamina sólo a la producción y ésta, a su vez, al consumo.

Ahora bien, esa *ilustrada felicidad*, no deja de ser un poco *ficticia* para la inmensa mayoría de los hombres que trabajan, pues también añade Smith: la mayoría de los hombres se dejan engañar por su imaginación y piensan que la felicidad la tienen los más ricos por disponer de más cosas, de ahí que intenten imitarlos. Pierden con ello la tranquilidad, pues el tener mucho es fuente de preocupación y sin tranquilidad no hay felicidad posible. Por otro lado, la inmensa mayoría de los hombres al desempeñar su trabajo de modo especializado y dividido apenas ejercitan su inteligencia, no movilizan su inventiva y al perder ese hábito se vuelven tan estúpidos e ignorantes como puede hacerlo una criatura humana[6], el hombre realiza su labor como algo que le es externo y extraño, y que de ningún modo contribuye al desarrollo de lo que le es más esencial, a saber, el despliegue de sus facultades superiores[7]. El que no cultiva su espíritu no puede adueñarse de su vida, no puede actuar sobre ella libremente, luego, al final cabría preguntarse: ¿de qué le sirve al hombre su acción en este mundo si no puede responder conscientemente de ella salvo para atender a sus necesidades materiales?, pero ¿dónde quedan las necesidades espirituales?[8].

En su primer gran libro, *La Teoría de los Sentimientos Morales,* Smith señala que el hombre tiene como encargo de la Providencia la sociedad civil. Y, la Providencia misma, de lo que se encarga es de la conservación y buen funcionamiento del Universo. Dios no se inmiscuye en los asuntos del hombre, y tampoco es función del hombre intentar penetrar en los designios de Dios, aunque hay uno del que sí está seguro: que Dios quiere la felicidad del mayor número de sus criaturas. El problema es que el proceso para alcanzarla es prácticamente mecánico y el hombre no se encuentra ni conscientemente, ni directamente apelado a contribuir en ese asunto. *Dios trabaja para el hombre*, de un modo un tanto desconocido para el propio hombre; sin embargo, *el hombre ya no trabaja para Dios* ni colabora con él, salvo los que tienen por oficio o profesión atender su culto. El resto, quizá, puedan rezar a ese Dios o al concepto que queda de Él tras la ciencia moderna, tal vez

6. Cfr. SMITH, A., *La Riqueza de las Naciones,* Alianza Editorial, Madrid 1996, p. 717.

7. En este sentido se ha dicho, no sin razón, que lo que seguirá a la *sociedad del trabajo* será la *sociedad del conocimiento*, un modelo de sociedad donde el hombre sí pueda ejercitarse en aquello que le distingue de las demás criaturas, a saber, el entendimiento y la voluntad.

8. El trabajo se falsea y se desvirtúa cuando impide atender a las necesidades del espíritu. Cfr. MILLÁN PUELLES, A., *Persona humana y justicia social,* Rialp, Madrid 1982, p. 20.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

puedan esperar en su Juicio, consolarse con sus designios; pero, en ningún caso, se sentirán colaboradores y constructores con Él del mundo en el que viven, ni de su felicidad. Dios quiere la felicidad del hombre, pero éste la alcanza en este mundo, mediante su trabajo y sin que Dios forme parte de ella.

No cabe la unión de acción y contemplación, según una parte de los ilustrados, entre ellos Adam Smith. Y, si hubiese que escoger entre ambas, la prioridad la tendría la vida activa. La contemplación del universo conduce al hombre a la idea de un Dios creador y providente; pero ¿acaso esa contemplación justifica la falta de acción en ese mundo que se contempla? La divinidad no está interesada en que el hombre se dedique a la contemplación, pues eso supondría un descuido de su acción en el mundo social: «... el estar ocupado en la contemplación del distrito más sublime nunca puede servir de excusa para que abandone el más modesto... La teoría más alta del filósofo contemplativo no puede compensar la inobservancia del menor de los deberes activos»[9]. El hombre no se puede despreocupar de los negocios del mundo, no puede desatender sus *deberes cívicos*, pues son éstos los que le han sido encomendados por la divina providencia. De ahí la poca confianza que le inspiran a Smith los que se apartan del mundo para ocuparse de los *negocios divinos*, pues no entiende, que la acción sobrenatural e invisible del que vive apartado del mundo, pueda contribuir y colaborar con la acción de los que continúan en él[10].

Las denuncias de Simone Weil

Cuando se trabaja para cubrir necesidades materiales o para poder llegar a ser como los que más tienen y, todo ello, sin el cultivo, a la vez, del espíritu, es fácil comprobar que el hombre se hace *esclavo de su trabajo*, pues llega un momento en que se invierten los términos: no es el trabajo para el hombre, sino el hombre para el trabajo[11]. De una parte, éste se puede convertir en un fin; de otra, el hombre vive –en expresión de Simone Weil– *desarraigado* en su labor, pues no se ve en el trabajo como en *casa propia*, ya que comprueba que en ocasiones se le explota; en otros momentos, se le da trabajo como haciéndole un favor y con ello, prácticamente, se le compra; y, en muchos trabajos, no se le ofrece

9. SMITH, A., *La Teoría de los Sentimientos Morales,* Alianza Editorial, Madrid 1997, p. 423.

10. En ese sentido la vida del que vive apartado del mundo no es antisocial, pero sí es una forma de vida excepcional. Cfr. MILLÁN PUELLES, A., *Persona humana y justicia social,* cit., p. 28.

11. Cfr. JUAN PABLO II, *Laborem exercens*, n. 6.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

la oportunidad de desempeñarlo pensándolo, diseñándolo, lo cual le permitiría desarrollarlo éticamente. Un trabajo bajo esas condiciones está desconectado de la verdad, de la belleza y del bien; se rige según las coordenadas de la lógica del trabajo *para el consumo.* En un trabajo así no es prioritario ni el hombre que lo realiza, ni la labor que desempeña; pero, sí el beneficio que se obtiene. Simone Weil denuncia un trabajo así no sólo porque al final los hombres pierden contacto con este universo de aquí abajo, sino también porque igualmente se le priva de la apertura al otro[12].

Simone Weil supo ver en la primera mitad del pasado siglo que lo que se entendía por trabajo desde la perspectiva de cierto liberalismo económico –tal como brevemente hemos intentado presentar– adolecía de un *exceso de materialismo.* ¿En qué sentido emplea la autora francesa este término?

En la cultura del trabajo dividido al hombre se le trata como *materia inerte*, como una pieza más del engranaje de la maquinaria de producción, ya que al final éste es el objetivo primero y último que se persigue. Trabajar para producir y producir para consumir. Pero se ha olvidado el espíritu del hombre que trabaja, aquello de orden sobrenatural que lo eleva por encima de la necesidad que acompaña a la naturaleza. El desarrollo de lo meramente material es un desequilibrio que «sólo se puede corregir –afirma Weil– mediante un desarrollo espiritual en su mismo ámbito: el del trabajo»[13]. La acción –y el trabajo es un tipo de ella– separada de la contemplación del espíritu deja sin significado y sin sentido el trabajo que el hombre realiza. También esto ha sido expresado por Koslowski como algo a conquistar: *no debemos pretender liberarnos del trabajo, sino liberarnos para llegar a realizar un trabajo pleno de sentido*[14]. Quizá nos tengamos que liberar de un trabajo tan teñido de materialismo. Es fácil comprobar que buena parte del mundo contemporáneo occidental intenta liberarse del trabajo –un puente, una baja, etc.–, señal clara de que se puede ver, en ocasiones, como cierta amenaza; aunque es mayor la que supone estar en el paro. El concepto liberal de trabajo lleva consigo su propia negación.

¿Qué significado puede llegar a tener el trabajo si se integra su ejercicio en un marco más amplio que la mera acción individual y mecánica?, ¿qué supone para el hombre trabajar si se tiene en cuenta que posee un espíritu que no se ausenta mientras se desempeña esa labor?, ¿cómo se podrían unir acción y contemplación en el acto del trabajo?

12. Cfr. WEIL, S., *Echar raíces,* cit., p. 53.
13. Ibíd., p. 88.
14. KOSLOWSKI, P., citado en LLANO, A., *La nueva sensibilidad*, cit., p. 171.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Todas estas cuestiones nos parecen relevantes y merecen la pena intentar ser contestadas, tras haber comprobado que la división del trabajo ha degenerado, en muchos casos, en una auténtica esclavitud para el hombre.

No cabe echar marcha atrás en cuanto al trabajo dividido. Su eficacia está probada y de alguna manera es un proceso irreversible. Ahora bien, cabe poner la atención no tanto en el *producto* del trabajo dividido como en la *dignidad del hombre en el trabajo*[15]. Esto ya es un valor espiritual. Si se pusiese ahí el acento –como actualmente hacen algunos, aún una minoría– el trabajo dejaría de ser una tarea externa que el hombre desempeña y donde apenas se puede realizar él mismo, pues ya se ha visto que difícilmente puede poner el pensamiento en esa acción, y que la labor que lleva entre manos le resultará ajena, a no ser que se tomasen algunas medidas que facilitasen que el trabajador lo tuviese como *algo propio*, porque efectivamente fuese *humano*. Entre esas medidas se podrían destacar algunas de las que apunta Simone: cambiar el régimen de atención durante las horas de trabajo –especialmente en aquellos trabajos de naturaleza más mecánica y menos intelectual–; también se ha de impulsar al trabajador a vencer la pereza y el agotamiento no mediante estímulos extrínsecos: la coacción, el miedo, el dinero, sino mediante una coacción interna: el espectáculo de la labor inacabada que siempre atrae al hombre libre[16]; se ha de fomentar la amistad entre los trabajadores, de modo que vean en los demás a sus iguales; se ha de invertir más en iniciativa, habilidad y reflexión requerida para ejercitar el trabajo; se ha de facilitar la posibilidad de que los trabajadores puedan participar con el pensamiento y el sentimiento en el conjunto del trabajo de la empresa; han de poder conocer la utilidad social, el valor y el destino de las cosas que fabrican. Esto permite el calificativo de un *trabajo humano*. El trabajo así desempeñado no es ajeno al bien común de la sociedad, el hombre trabaja no sólo para producir y consumir, sino para desempeñar un servicio en sociedad y a la sociedad, y lo hace en un ámbito de amistad que siempre permite la iniciativa y la participación. Él ejerce su pensamiento en el trabajo y, por tanto, crece y actúa como persona al trabajar.

Todo esto –apuntado por Weil en 1934– permite ampliar el concepto de trabajo que se había derivado de la concepción smithiana en conexión prioritaria con el mundo económico. Pero ¿qué significado espiritual podía tener el *trabajo en sí*?

Simone Weil apuesta por la profesionalización del que trabaja. Lo importante no es tener un trabajo intelectual o manual, lo importante

15. WEIL, S., *Echar raíces,* cit., p. 74.

16. Cfr. WEIL, S., *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social,* Paidós, Barcelona 1995, p. 119.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

es hacerlo profesionalmente, con la preparación adecuada, con la aplicación del pensamiento y que el trabajo pueda ser no sólo una necesidad, sino también una *creación del espíritu*. El que trabaja al margen de su espíritu no satisface las necesidades de su alma, y –según las condiciones de los trabajos– a veces, tampoco las de su cuerpo. Situarse al margen del espíritu es situarse al margen de la dignidad del hombre, la cual –para que sea auténtica– ha de estar elevada al orden sobrenatural. Ése es el ámbito propio del espíritu. Si se atiende al significado espiritual que tiene todo trabajo, entonces, es fácil ver cómo en el trabajo se unen este mundo y el otro. Sería posible, entonces, la unión de la acción y la contemplación.

Weil entiende que el pragmatismo y su lógica han invadido el mundo. Para poder superarlo se precisa volver al *pacto original del espíritu con el universo*, es decir, que el ámbito de inspiración del hombre sea la Eterna Sabiduría. La belleza del mundo es uno de los caminos para poder penetrar en el mundo de esa Eterna Sabiduría. Al contemplar lo bello el hombre puede recibir el *espíritu de verdad*, un don que siempre procede de lo alto, es decir, un don sagrado que al hombre se le otorga. Weil explica cómo el hombre mediante un crimen se ha colocado al margen del Bien Absoluto y nada mejor que recibir un castigo al que se consienta como remedio y transporte por el que volver al Bien Supremo. Cuando el hombre consiente al castigo que supone un trabajo que fatiga, recupera la salud de su espíritu. El trabajo, piensa Weil, es una *muerte cotidiana* que nos regenera en cuanto al espíritu, ése es su sentido y su significado espiritual.

Weil ha señalado importantes notas que favorecen la humanización del trabajo y el arraigo del trabajador. Sin embargo, en cuanto al significado espiritual de aquél, se inscribe aún en el marco de una espiritualidad –hoy ya antigua– que estima el trabajo como un castigo. Éste quizá sea el punto sobre el que el pensamiento de Josemaría Escrivá de Balaguer, y, junto con él, el Concilio Vaticano II y Juan Pablo II en la *Laborem exercens* dan un giro copernicano; precisamente, al recordar que el trabajo no es un castigo, sino *la vocación originaria* del hombre: éste fue creado *ut operaretur*, es decir, para participar y ampliar la obra de la creación. Esa idea inscribe al hombre que trabaja en su verdadera dignidad: ser un trabajador, pero a semejanza del Creador de quien es imagen y de quien recibe el encargo de dominar el mundo. Desde esta perspectiva, el trabajo no es sólo un medio de subsistencia, sino *vocación primera*, es decir, misión, lugar desde donde el hombre cumple con la tarea primera y genérica que Dios ha encomendado a cada persona. Trabajar es, entonces, no sólo una necesidad, un medio para obtener lo que nos conviene, ni siquiera es sólo un medio para autorrealizarnos –en el mejor de los casos–, es, sobre todo, el lugar primero

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

donde el hombre cumple en su vida la Voluntad de Quien lo ha creado. Lo más inmanente es lugar desde donde el hombre responde y atiende a lo más trascendente.

Escrivá de Balaguer en diálogo con Adam Smith

Josemaría Escrivá de Balaguer difunde un mensaje divino: recordar al hombre contemporáneo que el trabajo es medio de santificación, es decir, puede ser elevado al orden trascendente de la gracia, al orden de lo sobrenatural, de lo divino. Se trata, en sí misma, de una realidad susceptible de ser santificada, que puede santificar al que lo realiza y a todos aquellos que entran en su radio de acción. Con el mensaje de san Josemaría el trabajo además de ser una necesidad y un deber para cualquiera, se inscribe, además, en un contexto comunitario y espiritual no sólo de orden humano, sino también de orden divino.

También para Escrivá de Balaguer *todos somos trabajadores*. En ese sentido, su mensaje puede entrar en diálogo con la modernidad, pues tienen algo en común: la centralidad de la acción, la *vida activa* tiene una importancia de primer orden. Además está convencido, como Smith, de que la Providencia ha encargado el mundo al hombre como tarea específica. Ahora bien, hay un punto en el que ambos pensamientos puestos a dialogar se diferencian notablemente. Ese punto es el que sigue.

Como se apuntó, en el pensamiento smithiano, no cabe que acción y contemplación vayan juntas, y la posibilidad contraria es, precisamente, la que no cesa de repetir Josemaría Escrivá: el trabajo es para el hombre acción que no le separa de la contemplación, y acción que constituye para él una misión, una llamada. El hombre en su trabajo puede ser y está llamado a ser *contemplativo*. Un trabajo separado de la contemplación no alcanza la perfección que le es propia al hombre, pues, la perfección para el hombre está unida al orden sobrenatural, el hombre aspira a lo perfecto y eso es lo divino, pero entonces lo divino ayuda al hombre para que alcance esa perfección, no por necesidad, *sí por vocación*: Dios le llama a vivir en comunión con Él y le da los medios que necesita para ello de modo gratuito. Y uno de los medios que le ofrece es el trabajo, cuando está hecho cara a Dios y con la máxima perfección humana de la que el hombre es capaz. El trabajo –parte de la vida activa junto con las otras ocupaciones ordinarias: familiares, sociales, de amistad, etc.– es lugar de encuentro con Dios, de diálogo con Dios y, por tanto, con los demás hombres, pues la contemplación de Dios deriva siempre en preocupación activa por los demás. Ser contemplativo en el trabajo es santificarlo, es decir, hacerlo por Amor de Dios,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

y, en ese sentido, se hace amor de Dios y *transfunde ese amor en todo aquello y en todos aquellos para los que ese trabajo va dedicado... si ese trabajo está hecho por amor de Dios, es el amor mismo de Dios el que en esa acción se transfunde y a esa persona llega*[17].

El Dios del que habla san Josemaría no es el Dios desconocido del deísmo ilustrado de Smith. No es un Dios abstracto del que apenas sabemos que ha creado el mundo y vigila que no deje de funcionar. El deísmo ilustrado en su afán de hacer de la religión un saber universal e igual –una religión natural– que garantizase la vida moral de los hombres en sociedad había desposeído al Dios del Universo de su Palabra, del Verbo que es Cristo. Quedaba la noción de Providencia, la idea de un Juez Último, pero, Dios ya no era un Ser Personal con el que comunicarse. Efectivamente, el Dios de los filósofos del XVIII no era el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob –parafraseando a Pascal–. Se conservaba la existencia de Dios, pero se desconocía su esencia. Pero no es suficiente creer en Dios, sino conocer algo de *Quién es*. Puesto que todos tenemos *dios* y creemos en alguno. Lo que no está nada claro es que sea el mismo para todos. El Dios de san Josemaría es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob conocido en Cristo y en Él, por Él y con Él es un Dios que habla al hombre, que le pide su colaboración y su trabajo y al que en Cristo llama a santificarse, a ser otro Cristo, *ipse Christus*. El Dios de san Josemaría no es la Mano Invisible smithiana, sino un Dios Invisible que se hace visible en la Iglesia como Sacramento y en los hombres en tanto que hermanos de Cristo. Las manos de Dios se hacen visibles a través de la colaboración que le prestan los hombres.

También en ese sentido la antropología de san Josemaría es mucho más optimista que la de Smith. El filósofo escocés, teniendo en la base de su pensamiento una buena dosis de jansenismo francés, piensa que la mayoría de los hombres sólo están interesados en sus cosas y escasamente en las de los demás. Cada uno mira principalmente para su propio interés y comerciar con él es un modo de conseguir la paz social. Un mundo donde la inmensa mayoría es egoísta, sería inviable, pero ya los jansenistas habían encontrado la fórmula que luego aplica Smith: si cada uno comercia con su egoísmo todos acaban consiguiendo lo que quieren y la sociedad, aunque no vivirá de un modo feliz, al menos sobrevivirá y alcanzará cierto grado de paz y de felicidad –ya vimos en qué consistía en el caso de Smith–. El comercio del propio interés se traduce por el: «dame lo que yo quiero y te daré lo que tú quieres»; dicho de otro modo: dar para recibir y sólo según el cálculo del beneficio que el propio interés busca. Hay unos pocos hombres en nuestra socie-

17. ALVIRA, R., «El trabajo en Camino», en VV.AA., *Estudios sobre Camino,* Rialp, Madrid 1988, p. 262.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

dad –piensa Smith– que escapan de ese comportamiento generalizado. Hay unos pocos hombres que son *héroes* porque aman la virtud, son benevolentes al modo de lo divino, es decir, se ocupan de hacer el bien desinteresadamente a los otros. Ahora bien, esos hombres, además de ser pocos, dan pena y lástima, porque siendo el mundo malo no se los merece.

Smith piensa que el mundo es malo precisamente por el egoísmo del hombre, pero Dios es bueno y en su Providencia pensó un mecanismo –el comercio del egoísmo– para que al menos lo malo redundase en algo bueno. San Josemaría, en cambio, piensa que el mundo es bueno, aunque comparte con Smith que los hombres lo podemos hacer malo: «El mundo no es malo –dice en la Universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967– porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yaveh lo miró y vio que era bueno. Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo con nuestros pecados y con nuestras infidelidades. No lo dudéis hijos míos: cualquier modo de evasión de las honestas realidades diarias es para vosotros, hombres y mujeres del mundo, cosa opuesta a la Voluntad de Dios» [18]. Así pues, no piensa que habiendo creado Dios el mundo se conforme sólo con mantenerlo en un buen funcionamiento, ni se conforma con el egoísmo de los hombres. La acción de Dios sobre el mundo es Providente y Sacramental en Cristo. ¿Qué significa? Se puede ser del mundo y tenerlo como tarea. La tarea que implica la Voluntad de Dios para *el que es del mundo* es precisamente el hacer del mundo *algo bueno*, no sólo no afearlo con las malas acciones, sino *mejorarlo con las buenas*. La Providencia se manifiesta, precisamente, *en la Creación del hombre y en la colaboración que se le pide*: «... henchid la tierra y sometedla». El Dios de Smith le da al hombre la sociedad como tarea, pero no se acaba de fiar del hombre, pues busca un mecanismo alternativo para que al menos la sociedad sobreviva dado el egoísmo generalizado. En cambio, el Dios de san Josemaría se fía del hombre y lo que le propone para que no fracase en su tarea es la *vida sacramental*, es decir, el que quiera consentir en ser «como Dios»: *ser santos como Él es santo*.

Smith había planteado la posibilidad de que el hombre con su conducta se asemejase a Dios, pero la había descartado. Su argumentación era la siguiente: la sociedad sería feliz si los hombres estuviesen unidos entre sí según los lazos de la benevolencia: el hacer bien al otro, y no el mero «no perjudicarle»; ése es el principio según el cual actúa la divinidad; el ser benevolentes y no egoístas, sería el modo concreto de «ser como Dios» en el esquema smithiano. Pero ¿por qué la divinidad es Be-

18. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 2000, n. 114.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

nevolente? Porque es Perfecta, tiene todas sus necesidades cubiertas, por eso se puede ocupar de lo que no es Ella. En cambio, el hombre es un ser tan imperfecto, que tiene que ocuparse en primer lugar de sí mismo y respecto a los demás bastará con no perjudicarles, puesto que tampoco les puede hacer demasiado bien, ya que nunca llega a interesarse lo suficiente por las cosas ajenas. Para el hombre smithiano, ni siquiera en cuanto a la conducta externa puede asemejarse mucho a lo divino.

En cambio, para el Fundador del Opus Dei el núcleo está precisamente en que el hombre está llamado a participar en la vida divina, no sólo en cuanto a su conducta externa, sino también internamente. El ser humano, en virtud de la libre decisión divina de elevarnos a participar de su vida, está llamado a ser transformado. Dios, con su gracias, otorga al hombre la vida sobrenatural, que trasciende la experiencia humana, y a la que tenemos acceso sólo en la fe, pero que es una vida real, que puede informar todas nuestras acciones. A san Josemaría no se le oculta tampoco que en el fondo del corazón humano haya una tendencia hacia el egoísmo y el amor propio, pero, a diferencia de Smith, no funda sobre esa constatación un modo de organización social. Comprobar la debilidad y el mal en el corazón del hombre le lleva a sentirse necesitado y salvado por Dios en todo momento.

Dicho de otro modo, en el planteamiento smithiano la religión no puede salvar al hombre de su egoísmo, precisamente porque la religión, para el filósofo escocés, no es otra cosa que la referencia a un Dios entendido a la manera deísta. Algo pues que dota de cierto barniz religioso a la vida moral, pero sin transformar al hombre, ni hacerle entrar en un verdadero diálogo con la divinidad. En el planteamiento de san Josemaría, la religión cuenta con la acción sobrenatural que rescata al hombre de su condición caída y le restaura desde dentro cuando la libertad humana consiente en ello y trabaja para ello.

Lo sobrenatural no es ajeno al hombre, sino que se «materializa» en y a través de las realidades más ordinarias y terrenas con las que el hombre se las gasta, a saber, su trabajo en la sociedad civil y las relaciones que éste lleva consigo. Lo había descrito así el Patriarca de Venecia, Albino Luciani, poco antes de ser elegido Papa: «Escrivá es más radical: habla de materializar –en buen sentido– la santificación. Para él, es el mismo trabajo material lo que debe transformarse en oración y santidad» [19]. El espíritu no encuentra en lo material un obstáculo para llegar a lo trascendente, sino que es, precisamente, lo material lo que se pre-

19. LUCIANI, A., «Cercando Dio nel lavoro quotidiano», *Il Gazzettino*, Venecia, 25-VII-1978.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

senta al espíritu como ocasión para elevarse por encima de las coordenadas del tiempo y del espacio.

El trabajo no es una rémora del pecado original ni un hallazgo de los tiempos modernos –advierte san Josemaría–, el trabajo es «un medio necesario que Dios nos confía aquí en la tierra, dilatando nuestros días y haciéndonos partícipes de su poder creador, para que nos ganemos el sustento y simultáneamente recojamos frutos para la vida eterna»[20]. El trabajo con Mons. Escrivá de Balaguer se sitúa en una óptica inmanente y trascendente a un tiempo. Inmanente porque no deja de ser una necesidad para obtener lo que necesitamos, y trascendente en un doble sentido: cara a la sociedad y cara a Dios.

El trabajo permite que cada uno contribuya desde su profesión al bien común de la sociedad. Una dimensión esencial del trabajo es el servicio que se presta a la sociedad con él. Además, el hombre se realiza en su trabajo. Para el que trabaja es una escuela de virtudes, una ocasión de ejercitarse en los hábitos buenos. En ese sentido, en el planteamiento de Escrivá de Balaguer, se supera una de las contradicciones en las que había caído la lógica liberal del trabajo: en el trabajo uno no puede ser ético, pues no se puede ejercitar ni la libertad, ni el entendimiento, ni la voluntad. Por otro lado, san Josemaría no se cansa de repetir que la vocación humana y profesional forman parte de la vocación divina[21]. Es decir, lo humano, de hecho, en nuestra actual condición redimida, no es ajeno a lo divino –como sostenía Smith: ni Dios se inmiscuye en los asuntos de los hombres, ni los hombres en los de Dios–, sino que lo divino ha asumido lo humano en Cristo y en ese sentido también el trabajo ha pasado a tener en Cristo otro significado: con el trabajo que se asocia al sacrificio de Cristo en la Cruz se corredime a la Humanidad. La forma más fácil y primera de ser solidario es trabajar bien, disponer ese trabajo hacia los demás como un servicio y ofrecerlo para corredimir. He ahí la trascendencia de lo ordinario.

La espiritualidad del trabajo de la que habla san Josemaría vendría a superar algunas de las reducciones que ha sufrido la realidad del trabajo al ser valorada sólo con la lógica de la producción y del consumo. El hombre no puede ser esclavo de su trabajo, sino que en él está conectado el sentido de su existencia: participar de la obra de la Creación al modo de lo divino, lo cual es su vocación primera y el modo primero de responder a la Voluntad de Dios. La repercusión social que eso tiene no es baladí para el mundo de hoy: por una parte, quien trabaja a lo divino y respondiendo a la invitación que de la divinidad recibe

20. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid, n. 57.
21. Cfr. ÍD., *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid, n. 46.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

construye la paz –don divino por excelencia– solidariamente, pues los demás están en el horizonte de su trabajo y, por otra, cabe esperar que haya una mejora global del mundo como consecuencia social lógica de una teoría que pone el acento no en el plano objetivo del trabajo –su organización, o su remuneración–, sino, en el plano subjetivo[22], en el hombre que trabaja, pues al final es del único del que puede derivar su dignidad y valor espiritual el trabajo en sí mismo. Si el acento se pone en este segundo plano es más fácil buscar soluciones al otro, pues el plano objetivo de lo que adolecía era de una falta de sentido verdaderamente humano para el hombre que trabajaba. Recuperado el sentido es más fácil buscar y adecuar que las condiciones del trabajo sean humanas y justas.

22. Cfr. JUAN PABLO II, *Laborem exercens,* nn. 6 y 7.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei